

JENS HENRIK JENSEN

OXEN

LA LLAMA CONGELADA

Traducción de Beatriz Galán Echevarría



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2022

Para Hugo, Victor y Mai

1

La figura estaba sentada sobre la roca, inmóvil, descansando bajo el sol, tomando fuerzas, cual reptil hambriento y de sangre fría. Entre pinos pequeños y lechos de musgo se alzaban desoladas islas de brezos marrones, y los restos de nieve que aún quedaban en la sombra permanente de las grietas de las rocas daban a entender que el invierno aún no había terminado.

Por cuanto alcanzaba a ver, lo único que se movía era un cuervo, que picoteaba algo que, solo remotamente, recordaba al cadáver de un conejo.

En este paraje, a principios de año, todo era estéril y magro.

La figura sobre la roca tenía las piernas cruzadas y parecía congelada. La espalda estaba erguida; los pies, descalzos; las manos, apoyadas en los muslos.

Era un hombre.

Bajo la dura luz de marzo, las numerosas cicatrices de su pecho desnudo resultaban claramente visibles. Algunas eran viejas y pálidas, otras frescas y de color morado oscuro. Líneas curvas y dentadas, grabadas por todo su cuerpo pálido y musculoso y unidas con centenares de puntadas.

El hombre llevaba el pelo largo recogido en una pequeña cola de caballo tras la nuca, y una barba rala y rebelde le crecía en el cuello, la barbilla y las mejillas. Parecía un esquiador varado en un archipiélago de rocas, brezos y coníferas.

Tenía los ojos cerrados y la cara vuelta hacia el sol, y se hallaba en un punto estratégico ubicado entre dos grandes

rocas, donde el aire era más cálido y el viento no podía alcanzarlo.

Llevaba inmóvil media hora. Sin alzar una mano. Sin mover un dedo. Sin arquear una ceja ni arrugar la nariz. Su presencia parecía responder a un intercambio concentrado de energía entre el organismo insignificante de la roca y la estrella generadora de vida a 149 600 000 kilómetros de distancia.

A la izquierda del hombre había unas viejas botas de goma en cuya caña había metido los calcetines. A su derecha, una camiseta, una camisa de leñador y un suéter de lana. En lo alto de la pila de ropa, algo brillaba al sol. Un cuchillo. Había manchas de óxido en la hoja y el mango había conocido épocas mejores. Había sido reparado y atado con una cuerda.

Finalmente, cuando el hombre empezó a moverse de nuevo, lo hizo con una lentitud infinita, como si el sol no hubiera acabado de aportar nuevas fuerzas a sus músculos.

Estiró los brazos hacia delante y los levantó hasta la vertical. Luego inspiró hondo y exhaló el aire lentamente, mientras los bajaba hacia los lados como a cámara lenta, de vuelta a la posición inicial, para empezar de nuevo el ejercicio.

Estaba en la sexta repetición, con los brazos extendidos, cuando de pronto los dejó caer y volvió la cabeza con cautela. Había oído algo. Desde el sendero le llegaron unas voces desconocidas que se abrieron paso hasta su lugar bajo el sol en la pequeña formación rocosa.

El hombre no perdió ni un minuto en vestirse. Se llevó el cuchillo a la boca y lo sujetó entre los dientes a toda velocidad, dejando libres ambas manos para apoyarse. Ligeramente como un felino, se deslizó en silencio y se agazapó tras una enorme roca que quedaba al lado del camino.

Observó con cautela desde detrás. Las voces se volvieron más fuertes; luego aparecieron dos hombres. Caminaban tranquilamente, uno al lado del otro, e iban charlando. Él se agazapó contra la roca y memorizó en segundos todos los detalles.

Los hombres debían de tener unos setenta años, pero eso no le hizo relajarse. El enemigo podía tener cualquier edad.

Ambos llevaban botas de montaña, y uno de ellos, una pequeña mochila. Su ropa estaba limpia y era muy adecuada, perfecta para una excursión al aire libre, de color verde caqui y gris, con chaqueta holgada y un chaleco con un suéter de lana debajo. Él buscó cualquier pequeño bulto en la tela que pudiera indicar que los hombres iban armados y se fijó atentamente en sus ojos para ver adónde dirigían su atención.

Era francamente insólito que dos extraños se adentraran en esa zona remota que había sido su hogar durante varios meses. Ya solo la época del año le hizo sospechar. Mediados de marzo... Era demasiado pronto para salir de excursión, pero nada en aquellos dos señores activó sus alarmas.

Cuando por fin pasaron junto a la roca tras la que se escondía, pudo oírlos discutir sobre el mejor modo de invertir los ahorros para la jubilación. El tema de conversación acabó de calmarlo. Se quedó en su escondite hasta que los hombres se perdieron de vista.

La pequeña casa de madera blanca, con la plancha de uralita roja ondulada a modo techo, brillaba bajo la luz del sol. Estaba en una colina no muy elevada, sobre la pequeña bahía con el barco en el muelle, y más allá solo había rocas. Con esta luz parecía como si alguien hubiera lavado la casa recientemente y la hubiera tendido a secar en el cielo azul.

Por primera vez desde que empezó el año, en este nuevo mundo del hombre, el sol tenía verdadera fuerza. Era un día sensacional.

Ya había pasado otros días sentado sobre la roca, con el torso desnudo al sol y adentrándose en las profundidades de su propio ser, pero aquel fue el más bonito de todos, sin lugar a dudas. La primavera pronto tomaría las riendas.

Dejó el sendero y siguió el caminito que conducía hasta la casa. La vio en cuanto dobló la esquina hacia el jardín, antes incluso de que ella se diera cuenta de su presencia. Estaba

sentada en su lugar habitual, de espaldas al leñero, con el cabellete ligeramente inclinado para captar la luz en el ángulo correcto. Su cabello gris estaba escondido bajo un sombrero de paja de ala ancha.

Pintaba flores, otra vez. Nunca la había visto pintar otra cosa. Cuando lo vio, agitó su pincel hacia él y lo saludó en inglés:

—*Hello*, Dragos! ¿Has salido otra vez a pasear? Siempre en movimiento, ¿eh? Está claro que eres un espíritu inquieto.

—¿Rosas? —preguntó él.

La mujer sonrió y sacudió la cabeza.

—Tulipanes. Un montón de tulipanes...

2

Las palabras resonaron en el taller, más cercanas a una afirmación que a una pregunta:

—¿Lars Thøger Fritsen?

El cartero había entrado mientras él trabajaba en el vehículo que estaba subido a la grúa, y había usado un tono tan militar que Fritsen estuvo a punto de entrechocar los talones y presentarse para pasar revista. Al final se contentó con lanzarle una mirada suspicaz desde debajo de la rueda delantera del Toyota.

—Aquí —dijo.

—Correo certificado —exclamó el cartero—. Necesito una firma, gracias.

Fritsen dejó la amoladora angular y salió de debajo de la vieja camioneta.

—¿Debe registrar que lo he recibido?

—Sí, aquí tiene —dijo el cartero, entregándole un sobre grande y acolchado—. Firme aquí.

Fritsen garabateó su nombre en el espacio que le indicó para la firma electrónica.

—Gracias —dijo el cartero, que en el mismo instante le deseó un buen día y salió del taller.

Fritsen se quedó quieto unos segundos y miró el sobre, con asombro. No esperaba nada, y menos aún un correo certificado.

«L. T. Fritsen, Reparación de automóviles, calle Amagerbro 108, 2300 Copenhague. Nota: entregar a Lars Thøger

Fritsen en persona». En el reverso figuraba el remitente, un bufete de abogados de Copenhague: Sjørsløb, Blaufeldt & Juel. El nombre no le decía nada.

Sopesó el sobre en su mano y lo palpó con los pulgares. Era sorprendentemente pesado y parecía contener un objeto oblongo hecho de algún material duro.

—¿Y bien? ¿Funciona?

Miró con curiosidad a su aprendiz, que luchaba con el faro roto de un BMW negro tuneado. En ese momento, el coche estaba hecho un desastre. El capó se había arrugado como un acordeón después de que el conductor decidiera conocer un árbol de cerca. Tras consultarlo con la compañía de seguros, convinieron en la necesidad de reemplazar toda la carrocería.

El aprendiz se limitó a asentir. Fritsen dudó un momento antes de decidirse a abrir el misterioso sobre en su oficina.

Se sentó en su escritorio y apartó una pila de papeles para hacer sitio. Luego abrió el sobre con el pulgar. Se limpió las manos con la pernera del pantalón, por precaución, y finalmente extrajo de su interior una caja de plástico negro y una carta. Sacó sus gafas del bolsillo de la camisa.

Estimado Sr. Lars Thøger Fritsen, nuestro bufete de abogados recibió el encargo de administrar el patrimonio de la Sra. Gudrun Oxen, quien hasta la fecha residía en la residencia Solbakken, en Ringsted. Al examinar sus pertenencias dimos con la cajita adjunta, que iba acompañada de una nota escrita por el hijo de la difunta, el Sr. Niels Oxen. En ella solicitaba que le enviaran a usted la cajita, dado que él no podrá ser informado de la muerte de su madre.

¿Qué diablos significaba aquello? Releyó el primer párrafo y luego continuó:

Estamos al corriente de la situación poco precisa en la que se halla el propietario legítimo de la cajita, Niels Oxen. Como no

se han esclarecido las circunstancias de su presunta muerte, deberán pasar cinco años antes de que sus familiares puedan darlo por muerto. Hemos informado de todo ello a la hija de la difunta, la Sra. Susanne Oxen Viig, y ella ha accedido a seguir las indicaciones de su hermano. Queda usted designado, por tanto, administrador legal del archivo adjunto de este correo (puede consultar la copia adjunta del consentimiento de la Sra. Oxen Viig, así como una lista completa del contenido de la caja) y nosotros damos por finalizados nuestros servicios.

¿Oxen? Gudrun Oxen, Susanne Oxen... y Niels.

Abrió cuidadosamente la cajita. Estaba forrada con terciopelo rojo... y su contenido resumaba corazón y coraje. Niels Oxen en su lecho de muerte, ausente. Su vida narrada en cuatro medallas.

La primera era una Medalla al Valor. Ya no recordaba la historia que se escondía tras ella. La segunda, obtenida también por su valentía, estaba complementada con hojas de roble plateado. Recordaba esa historia mejor que cualquier otra: N. O. obtuvo la condecoración porque saltó sin dudarlo al río Una, en Kostajnica, para salvar la vida de un compañero de la Compañía Bravo que había sido alcanzado por un francotirador serbio.

Ese compañero no era otro que él mismo, L. T. Fritsen.

A veces, la cicatriz del pecho todavía le picaba. A veces sentía el agua fría y negra cerrándose a su alrededor, cubriéndolo de muerte. Y cada vez despertaba empapado en sudor después de que unos fuertes brazos lo arrastraran de vuelta a la vida.

La tercera era una Medalla al Valor con hojas de roble dorado. Si la memoria no le fallaba, N. O. la había recibido después de un despliegue en el que los soldados de combate daneses habían estado involucrados en la *Operation Enduring Freedom* en Afganistán. N. O. había acudido en ayuda de la tripulación de un helicóptero que había sido objeto de un intenso tiroteo.

Con cuidado, desabrochó el imperdible que fijaba en el terciopelo el cuarto y último galardón, y con enorme respeto, colocó la medalla sobre su palma extendida.

Era el máximo reconocimiento, y solo se otorgaba en casos muy especiales. Niels Oxen era hasta la fecha el único merecedor de la Cruz al Valor. En 2009, cuando los soldados del cuerpo de combate estaban destinados en la provincia afgana de Helmand, N. O. se coló entre las líneas enemigas y mató con sus propias manos a ocho guerreros talibanes para salvar a sus camaradas, que habían sufrido una emboscada.

Volvió a guardar la bonita cruz negra, y los cuatro galardones se volvieron borrosos ante sus ojos.

No, ahora no, no en el trabajo, no en una mañana normal... Enfadado, se secó las lágrimas con el dorso de su mano aceitosa.

Tenía que encargarse del Toyota que estaba en la grúa. Tenía que tenerlo listo para mañana.

Pero las emociones le sobrevinieron con una fuerza inesperada. No pudo hacer nada por evitarlo. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, sin más, y empezaron a mojarle la cara, los labios, el cuello... y a llenar directamente el agujero que la muerte de Oxen había abierto.

–Jefe, necesito... –El aprendiz se había acercado, pero se detuvo en seco–. Oh... ¿sucede algo?

Él levantó la vista y sacudió la cabeza.

–Nada, nada, tranquilo...

–Humm, está bien, no hay prisa.

El chico salió de la oficina sin darle la espalda y cerró la puerta tras de sí.

Fritsen dejó la cajita sobre el escritorio. Las medallas refulgieron bajo la luz del sol que entraba por la ventana. Lo que más lo atormentaba era la incertidumbre. ¿Encontrarían alguna vez el cuerpo de Oxen para poder enterrarlo? ¿Lo habrían desmenuzado cangrejos y anguilas? ¿Existiría siquiera algo así como el descanso de los muertos en el mar? ¿O habría sido desgarrado por la hélice de un barco, que le

habría arrancado la carne de los huesos? Y si algún día las olas lo empujaban a una costa extraña... ¿quién se ocuparía de él? ¿Quién se aseguraría de que obtuviera el respeto que merecía más que nadie?

Fritsen se sentó, inmóvil, en la silla del escritorio, mientras lo revivía todo con su memoria, una vez más.

El día en que Oxen lo sacó del Una. La temporada en el hospital. La creciente amistad que acabó uniéndolos con un vínculo irrompible. Los años en que Oxen se dejaba caer por el taller cada dos por tres, solo para charlar un poco; solo para desahogarse un poco. Y luego, el lento descenso que había acabado reclusándolo en un sótano del Barrio Noroeste, con la oscuridad cerniéndose sobre él.

Fritsen trató de apoyarlo y aconsejarlo del mejor modo, pero Niels Oxen era un hombre que seguía su propio camino y tomaba sus propias decisiones. Esa era su fortaleza. Y su debilidad.

Y aunque a partir de ahí se habían visto en muy pocas ocasiones, él siempre había estado reparando cosas para Oxen. «Reparar» se le daba bien. Y, en el peor de los casos, siempre conocía a alguien que podía hacerlo.

Pero ahora todo había acabado. Y las medallas estaban en su escritorio. Tal como le había profetizado en su momento esa mujer del servicio de inteligencia. Su nombre era Franck, y había descubierto las medallas y la carta con las instrucciones de Oxen en un cajón cuando visitó a la madre, que sufría demencia, en el hogar de ancianos de Ringsted.

¿Cómo había podido terminar así? En los últimos dos años solo había captado fragmentos de la vida de Oxen, pero conocía bien el principio. Y el final.

Los medios de comunicación lo habían servido al resto del país en bandeja: se decía que el veterano de guerra sospechoso de asesinar a un viejo piscicultor había robado un barco en un pequeño puerto del norte de Jutlandia y había partido hacia Suecia por la noche, pero que poco antes de llegar a su destino se había producido una supuesta explo-

sión a bordo. Testigos suecos habían visto un rayo de luz en el mar, y más tarde se encontraron los restos del barco danés. Aunque ni rastro de Niels Oxen.

Sus ojos aún ardían cuando por fin marcó el número de su esposa. Afortunadamente, ella contestó el teléfono enseguida.

—Soy yo. Acabo de recibir sus medallas por correo, y también la Cruz al Valor. Estoy bastante afectado, cariño...

Le contó lo que había sucedido y cómo se sentía al respecto, como siempre hacía. Ella era el eje de su vida. Lo conocía mejor que nadie. Lo escuchó y le aconsejó. Fue como un soplo de aire fresco para él. Colgó. Durante la cena volverían a repararlo todo. El asunto de Niels apestaba...

El Niels Oxen que conocía jamás habría acabado con la vida de un anciano indefenso. Jamás habría matado a alguien que no fuera un enemigo real. Era terrible, y tristísimo. Una mentira grande y sucia que un pequeño hombre como él no podía detener. Todo el país se creyó el cuento del héroe de guerra caído en desgracia. La idea era insoportable.

El verdadero legado de Oxen yacía aquí, ante él, sobre el escritorio, envuelto en una capa de terciopelo rojo.

Se levantó lentamente. Tenía un Toyota que reparar.

3

El paisaje que formaban las oficinas de la empresa importadora de maquinaria agrícola se mostraba desierto frente a ella. Era su segunda semana en la empresa de limpieza y ahora empezaba su turno de noche en Ballerup.

Eran poco más de las nueve. Afuera estaba oscuro y el equipo de limpieza acababa de ponerse manos a la obra cuando ella, armada con un trapo y un cubo de agua enjabonada, empujó el carrito de la limpieza por el pasillo.

Oyó una puerta cerrarse tras ella. Era su jefe, que andaba en dirección opuesta para ocuparse de las oficinas más pequeñas. Había acudido al rescate sin dudarle cuando una de las trabajadoras, una joven lituana a la que le tocaba trabajar aquella noche, no había aparecido.

Hasta ahora solo había trabajado con mujeres y hombres polacos, lituanos o letones. Y cinco minutos antes, en el cuartito de la limpieza, el jefe le había confirmado que ella era la única empleada danesa de toda la empresa.

–Bienvenida a la clase baja. Los daneses nunca responden a mis anuncios. Todos prefieren tirar de las ayudas sociales antes que mover el trasero y ponerse a limpiar. ¿Quién crees que lava los platos o hace las camas en los hoteles? Los daneses seguro que no. Así que... que nadie se atreva a quejarse del desempleo conmigo delante.

Ella se limitó a asentir. Una discusión con su jefe, un hombre musculoso de poco más de treinta años, era algo de lo que prefería prescindir. El tipo iba cargado hasta arriba de

esteroides anabólicos, llevaba una camiseta negra superajustada con un bordado dorado, y vestía pantalones anchos de estampado militar y zapatillas blancas.

Solo se habían visto en dos ocasiones y, en ambos encuentros, no habían estado juntos ni media hora. La primera vez fue en la entrevista que le hizo para darle el trabajo y la segunda era esta de ahora. No necesitaba mucho más para descubrir que Bo Bremer ya se sentía abrumado con las dos letras de su nombre. Desafortunadamente, el hombre tenía mucha masa corporal en todas partes menos en una: la que quedaba entre sus orejas.

El trabajo de limpieza era físicamente exigente y el horario que el idiota había establecido era duro y claramente explotador.

Aunque en realidad encajaba perfectamente en la prótesis, el muñón del muslo le dolía, y en la espalda notaba la tensión de estar compensando en exceso. Este trabajo era un recurso de emergencia hasta encontrar algo mejor, pero por el momento no había forma de evitarlo. Ya había calculado lo que le reportaría la venta de su apartamento, que había comprado muy caro cuando los precios inmobiliarios aún eran astronómicos. Ese sería probablemente el siguiente paso para frenar su descenso.

Se puso los auriculares y subió el volumen. El álbum de Metallica *Load*, de los años noventa, le ayudó a no pensar en nada.

Solo faltaba el último escritorio grande; luego ya podría pasar la aspiradora. Había limpiado la pantalla del ordenador con un trapo seco y se había inclinado hacia delante para pasar un paño húmedo por la parte de atrás de la mesa cuando dos fuertes brazos la agarraron por detrás. Se puso tensa como una vara de metal.

—¿Qué, cariño, qué te parece? ¿Lo hacemos aquí, en el escritorio? Te doy mil quinientas coronas en efectivo...

Su jefe se había acercado en silencio y ahora le susurraba al oído.

–¡Suéltame, hijo de puta!

Él la soltó unos segundos, pero solo para cogerle los pechos con las manos de inmediato.

–Nunca he follado con una persona discapacitada, pero parece que tus tetas están bien, así que... venga, subo a dos mil coronas, perra descarada...

–¡Suéltame!

–¡Vaya! Una perra salvaje, ¿no? Me gusta, me gusta...

Ella cogió impulso y golpeó con la parte posterior de su cabeza la desagradable cara del tipo. No fue lo suficientemente fuerte como para librarse de él, pero al menos sí para desconcertarlo unos segundos. Presionó la rodilla de su pierna sana contra el escritorio y empujó. Él dio un paso atrás y ella aprovechó el momento para poner su pie en el borde de la mesa y empujar con todas sus fuerzas. Ambos cayeron hacia atrás, y, en la caída, él tuvo que soltarla.

Franck se puso en pie a toda velocidad. Él sonrió, baboso.

–Así que lo prefieres duro, ¿eh? Pues vale, por mí está bien –dijo poniéndose de pie y dando un paso hacia ella.

En los viejos tiempos se habría limitado a sacar su arma de servicio y le habría metido una bala en la pierna o en algún otro lugar inofensivo. Pero los viejos tiempos eran agua pasada y resistírsele no era una opción. Era demasiado fuerte. Así que tendría que acabar con él en el primer asalto.

Una de las reglas básicas de la defensa personal y de todo arte marcial consiste en usar la inercia del otro a tu favor. De este modo, hasta las mayores diferencias en la distribución de fuerzas pueden acabar igualándose. En cuanto él se abalanzó sobre ella, ella le arrojó el trapo mojado a la cara, lo cual solo contribuyó a enfurecerlo aún más. Él cogió fuerzas para golpearla, pero antes de que pudiera estirar del todo el brazo, ella agarró su muñeca y tiró de ella hacia sí, la esquivó con medio giro y la cogió del pelo con la otra mano.

Bo chocó literalmente contra la pared, y ella ayudó un poco a que así fuera empujando su cabeza contra el hormigón con todas sus fuerzas. Cuando cayó de rodillas, ella tiró

de su cabeza hacia atrás y lo golpeó contra la pared por segunda vez. El hombre cayó al suelo.

—¡Espero que en el futuro te comportes con más educación, bastardo de mierda!

Gimiendo, el jefe rodó hasta quedar boca arriba y la miró. Entre la sangre que le caía de una ceja partida y la de la nariz, probablemente rota, esbozó una sonrisa burlona.

—Pues ahora no te daré ni una sola corona, puta —dijo, y con un gemido se puso en pie—. ¡Te voy a matar!

Increíblemente, había recuperado la fuerza suficiente para lanzar otro ataque sin sentido y se abalanzó sobre ella. Franck agarró lo primero que encontró, una lámpara de escritorio con una base sólida, y la blandió contra su barbilla.

El hombre se desplomó como un saco mojado. Esta vez no se levantaría tan rápido. Ella le dio la vuelta para ponerlo boca abajo y sacó un billetero bien grueso de su bolsillo. Su rostro era ahora una masa deforme y ensangrentada, pero no merecía nada mejor. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos mientras ella sacaba un fajo de billetes de mil coronas. Lo que imaginaba. Era el típico que iba con dinero encima. Contó los billetes y llegó hasta el número diecisiete. Seguro que pagaba en negro a varios de sus empleados.

—¡Está bien, imbécil! Los primeros diez son por el salario que me debes. Dos, por el acoso sexual; tres, por el asalto violento, y el resto, como compensación por tener que trabajar con un cerdo tan miserable y asqueroso como tú. Y si alguna vez vuelvo a verte, te denunciaré. ¿Entendido?

Se guardó el dinero en el bolsillo y tiró el billetero vacío al suelo, junto a él. Luego se dio la vuelta y salió de la oficina.

De camino a casa empezó a llover a mares. El agua caía con tanta fuerza que el tráfico apenas avanzaba. Sus pensamientos iban de un lado a otro, al ritmo de los limpiaparabrisas.

Mañana mismo tendría que ponerse a buscar otro trabajo. O mejor dos. Pero no volvería a limpiar. Se había sobreestimado con eso. Quizá encontraría algo en un quiosco, o una

cafetería, o un supermercado... O también podía conducir un taxi. ¿O una combinación de todo?

Poco antes de llegar a Herlev, su Suzuki empezó a fallar. El pequeño Alto, que tenía ya catorce años, era también un símbolo de su colapso: cuando se dio cuenta de que nunca más podría volver a encontrar un buen trabajo, se vio obligada a separarse de su adorado Mini Cooper.

El coche aún aguantó un último kilómetro por la calle Herlev Hoved y al final logró detenerlo, no sin esfuerzo, junto a la acera, antes de que se le parara definitivamente el motor. Lo más probable era que la lluvia tuviera la culpa. ¿Se habría humedecido el motor de arranque, tal vez?

Seguía lloviendo a cántaros. Golpeó el volante con ira. Ni siquiera podía llamar a asistencia en carretera, porque el servicio también había sido víctima de sus recortes de austeridad.

Estaba sucediendo todo tal como lo había anunciado Villum Grund-Löwenberg. Los hombres oscuros del Danehof habían acabado con ella en un abrir y cerrar de ojos. Era el precio que tenía que pagar por haber ayudado a Niels Oxen, el jefe del CNI Axel Mossman y su sobrino Christian Sonne a colarse en el centro de la red secreta y tratar de acabar con ella. Había puesto su vida –antes tan cómoda– en peligro. Esa era la cruda realidad. Su vida había quedado congelada. Paralizada. Era el precio que tenía que pagar.

4

Los tres abrigos negros, junto con las tres capas del mismo color, habían sido cuidadosamente doblados y depositados sobre los respaldos de las sillas. Con un movimiento de la mano, el anciano pidió a sus dos invitados que tomaran asiento bajo la bóveda encalada y blanca.

Entre el anfitrión y sus invitados se abría toda una generación. El hombre de las gafas, la frente alargada y el pelo canoso debía de rondar los setenta años. Cogió una cerilla y encendió las velas del candelabro de siete brazos.

Sus invitados, un hombre y una mujer, parecían tener ambos unos cuarenta y tantos. La mujer se colocó detrás de la silla que quedaba al norte –si considerásemos la mesa como una rosa de los vientos–. El hombre se situó justo frente a ella; es decir, al sur.

El anciano ocupó su posición habitual, al este, y dejó sus gafas y un montón de papeles frente a sí. Al igual que sus invitados, había colgado la capa, la había cerrado con una hebilla dorada y se había asegurado de que todo estuviera listo. Entonces rezó el padrenuestro. Después de la oración, hicieron un minuto de silencio.

Miró su reloj de pulsera con discreción. Aquel minuto ceremonial pretendía honrar a todos los que habían caído desde la última reunión. El silencio siempre le había parecido muy reparador. Acuciaba la concentración para el trabajo que los

esperaba, una vez cumplidos los sesenta segundos de respeto por la transición al otro mundo.

A su derecha tenía a la líder del Danehof del Norte, Karin «Kajsa» Corfitzen, hija del fallecido embajador y señor del castillo de Nørlund. Kajsa Corfitzen, que debía su apodo a su madre sueca, era una mujer elegante y atractiva. Había estudiado economía internacional y había pasado toda su vida adulta en Londres. Tras la repentina muerte de su padre, había alterado siglos enteros de tradición del Danehof, lo cual a él no lo molestaba lo más mínimo. Nada en este mundo era para siempre. Es más, si hubiera sido una o dos décadas más joven, sin duda habría tratado de beneficiarse de los favores de esa mujer.

A su izquierda, Villum Grund-Löwenberg, siempre como recién salido de la ducha y afeitado con tanta precisión que su espesa barba negra parecía estar dibujada sobre su piel bronceada al sol. Su *aftershave* exhalaba un ligero aroma a sándalo. Siempre utilizaba el mismo: «Taylor of Old Bond Street», de Londres. (Se lo había explicado en una ocasión, durante unos minutos de charla desenfadada). Y también ponía el mismo cuidado en sus trajes, siempre elegantes y todos del mismo sastre de Savile Row.

El hombre alto y delgado que había heredado el castillo de Gram de sus padres, pero que principalmente vivía en Copenhague y Zúrich, no hacía ostentación de su riqueza. Al igual que Kajsa, había vivido muchos años en Inglaterra, donde había estudiado informática. Ahora tenía cuarenta y seis años y era socio fundador de la empresa Castle & Unicorn Corp., que desarrollaba plataformas digitales y *softwares* para compañías financieras, y que acababa de salir a bolsa con gran éxito en Suiza.

Villum Grund-Löwenberg era el icono del empresario danés. Multimillonario, visionario, con una impresionante red internacional a su cargo y, al mismo tiempo, más bien tímido. Era uno de aquellos hombres a quien todos quieren tener como amigo, aunque, en realidad, muy pocos lo lograsen.

Y aquí estaba él, entre esos dos jóvenes exitosos; y, al igual que ellos, en el momento en que cruzaba el umbral de aquella puerta, quedaba reducido a un punto cardinal: allí eran Norte, Sur y Este: la Asamblea Superior.

La ausencia de un representante del oeste tenía su origen en la fundación del Parlamento, en el Nyborg medieval, antigua residencia real y el centro neurálgico del país. Por aquel entonces Dinamarca se identificaba principalmente con su zona continental, esto es, la península de Jutlandia, que se dividía en norte y sur, y se tenían también muy en cuenta las islas del este del país, aunque Copenhague aún no tuviera un papel relevante. En el oeste, en cambio, no había –literalmente– nada. De ahí que el Danehof solo estuviera dividido en tres partes.

Asintió hacia sus invitados con la cabeza, retiró la silla con el respaldo de madera soberbiamente tallada, tomó asiento y se puso las gafas.

–Se abre la sesión. Esto es el Danehof. Segunda reunión del año.

En su calidad de jefe del Este había iniciado ya innumerables reuniones con esas mismas palabras, tal como prescribía la tradición. En otoño cumpliría sesenta y nueve años. La jubilación quedaba cada día más cerca, tanto en lo que respectaba a su actividad laboral como a aquella otra tarea sublime. Por esta razón, hacía ya un tiempo que había empezado a buscar un sucesor apropiado para el cargo. Un proceso que podría llevarle años.

Uno tenía que aceptar su edad y admitir sus propios límites. Por desgracia, muchos de sus predecesores no pudieron dedicar la atención necesaria a ese punto, y fracasaron.

–¿Alguien desea tomar la palabra?

El Norte y el Sur movieron la cabeza hacia los lados, a modo de respuesta.

–Bien. Entonces, permítanme empezar mencionando algunas consideraciones previas sobre la situación actual: punto número uno, ya se ha decidido quien será el nuevo jefe del

Ejército danés, aunque su nombramiento se retrasará un poco. Será Yssing. Lo conseguimos. Tomamos la decisión correcta cuando, en su momento, decidimos invertir en él de un modo tan rotundo. Hacía treinta y nueve años que el Danehof no controlaba esta importante posición, así que es un acontecimiento digno de celebración para nosotros.

Sus colegas parecían satisfechos. Él continuó, sin necesidad de mirar sus apuntes:

—El punto número dos es, por así decirlo, consecuencia natural del uno... Se ha suspendido cualquier actividad relacionada con el antiguo soldado Niels Oxen. Hace más de medio año que fue visto vivo por última vez, disponen de la información completa en sus carpetas, y, por tanto, he decidido dar por concluida nuestra búsqueda activa de su persona. Al principio recorrimos todos los hospitales y clínicas, de los más grandes a los más pequeños, así como instalaciones y organizaciones en un radio muy extenso, y también accedimos a todos los informes policiales del país. En las últimas semanas centramos nuestros esfuerzos en revisar sistemáticamente todos los cuerpos encontrados en Kattegat, el mar Báltico y determinadas zonas del mar del Norte, lo cual supuso un gasto extraordinario. Es por ello que he decidido finalizar la búsqueda. Nadie duda de la muerte de Oxen. Solo nos queda aceptar el hecho de que, probablemente, nunca encontraremos la prueba definitiva: su cuerpo. Algo no poco frecuente en los accidentes marítimos.

El Sur levantó la mano. Él se interrumpió y asintió.

—¿Revisar sistemáticamente los cuerpos encontrados? ¿Cómo funciona eso? —preguntó Grund-Löwenberg.

—Principalmente, con la ayuda de nuestros contactos en las policías sueca y noruega. Pero en el mar Báltico también hemos tenido que aflojar dinero. Hemos pagado para que nos notificaran todos los hallazgos y nos informaran sobre la identidad de todos los cuerpos. ¿Tiene suficiente con esta explicación?

El Sur asintió y el Este continuó:

–Llegamos entonces al punto tres. Desde nuestra última reunión hemos perdido a cuatro miembros, que han entrado a formar parte de nuestra lista de pasivos. Uno en el Norte, uno en el Sur y dos en el Este. Solo uno de ellos ha dejado una viuda. Nuestras obligaciones con los otros tres concluyen aquí.

–Podríamos ahorrar grandes sumas de dinero si dejáramos de atender a los familiares –sugirió el Norte, levantando las manos al instante para disculparse, pues los comentarios espontáneos iban en contra de las reglas del protocolo.

–Como saben, el respaldo a los jubilados y a sus cónyuges tiene raíces históricas –dijo el Este– y es indiscutible. Hasta aquí las consideraciones previas. ¿Podemos continuar?

Sus colegas asintieron. Él tomó dos carpetas de la pila que tenía enfrente y se las entregó.

–Estos dos informes son el primer punto del día de hoy. Deberían haberlos recibido vía mensajero hace ya seis días.

Miró por encima de sus gafas, primero a la izquierda, luego a la derecha. En ambos casos, sus palabras fueron confirmadas con un breve asentimiento.

El caso competía a su distrito, y fue él quien solicitó los informes. La información obtenida era muy extensa. La recabaron durante un período de dos semanas, y no dudaron en usar micrófonos y cámaras ocultas. Fue una operación bastante cara.

–Permítanme ponerlos en antecedentes: a finales de agosto empezó el mayor juicio que haya existido en este país relacionado con la monopolización del sector de la construcción. Como bien saben, Kresten Hildmand, miembro del segundo anillo del Este, fue acusado de mala praxis. El magistrado consideró que Hildmand era la figura central del entuerto, y que Sigurd Back, del tercer anillo del Norte, también estaba involucrado en ello. Estoy convencido de que, gracias a su membresía en el Danehof y a su participación en diversas actividades del *think tank* Consilium, Hildmand pudo, efectivamente, construir su propia red de contactos y controlar

ciertas áreas determinantes de la industria de la construcción. Visto lo visto, si perdiera el juicio, Hildmand podría abrir la puerta de ciertas estancias privadas del Danehof. Y aunque el magistrado, hasta ahora, solo se haya percatado de su conexión con el Norte y con el castillo de Nørlund, seguro que no tardará en relacionarlo con el caso de los perros ahorcados y puede que hasta inicie una investigación a todos los miembros del Danehof de esa época. Dicho con otras palabras: debido a las imperdonables infracciones cometidas por Kresten Hildmand, nuestra organización se está viendo más amenazada y comprometida que nunca.

Carraspeó y volvió a colocar las dos carpetas en la pila.

—Las escuchas han sido realmente minuciosas. Creo que ahora tenemos toda la información relevante, tanto sobre Hildmand como sobre el magistrado, Per Eilertsen. Y en ambos casos contamos con información suficiente como para encontrar una solución a nuestro problema.

Siguió la misión, punto por punto. El material de las dos carpetas dibujaba unos perfiles bien claros.

Hildmand, el empresario de edad avanzada, llevaba una vida caótica con un consumo significativo de alcohol. Su matrimonio había hecho agua. Su esposa pasaba la mayor parte del tiempo de vacaciones o se escapaba con amigas los fines de semana a alguna gran ciudad mientras él salía de caza, pulía su pequeña colección de coches antiguos o se sentaba frente al televisor y pedía comida a domicilio. Y bebía, claro. Bebía hasta perder el conocimiento. La pareja solo mantenía un contacto esporádico con sus hijos, que ya eran adultos. Al menos la situación financiera estaba asegurada.

En una de las grabaciones que extrajeron del micrófono oculto en la cocina de la pareja, Kresten Hildmand habló de sus planes a su esposa: mencionó que estaba considerando hacer un trato con el magistrado y poner todas sus cartas sobre la mesa, y que, a cambio de su cooperación, pensaba exigir una cierta reducción de la condena. A todo ello, su esposa le respondió con dureza que no le importaban en

absoluto los tratos que hiciera, siempre que los negocios siguieran adelante.

El magistrado Per Eilertsen, que llevaba diecisiete años casado con la abogada Line Eilertsen y tenía dos hijas adolescentes, era el extremo opuesto a Hildmand. Siempre correcto e inexpugnable. Un hombre comedido y sensato, tanto para comprar acciones en bolsa como un par de zapatos.

Mucho de lo que acababan de comentar se sabía ya desde hacía tiempo, pero la investigación también aportó algunos detalles nuevos e interesantes sobre los caballeros. Descubrieron, por ejemplo, que al magistrado le gustaba subir el volumen de la música al máximo cuando estaba solo en casa y cantaba con entusiasmo «Wind of Change». Y que Hildmand tenía una Biblia en el cajón de la mesita de noche. No es que fueran cuestiones demasiado relevantes, pero...

Ese tipo de detalles resultaban indispensables. Uno tenía que saberlo todo, no solo sobre los posibles adversarios, sino también sobre su propia gente. En cualquier caso, partían del firme propósito de que la información completa y realmente válida debía estar disponible antes de que la Asamblea Superior pudiera tomar una decisión tan importante.

Era cuestión de vida o muerte.

—Antes de confesarles cuál es mi opinión al respecto, me gustaría escuchar la suya. —Dio unas palmaditas a las dos carpetas con las palmas de las manos y miró a sus colegas—. ¿Cómo contrarrestamos esta amenaza?